

*PAÍSES VARIOS: LA BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA
CONSTRUCCIÓN DE CHILE Y EL RECONOCIMIENTO DEL
TERRITORIO NACIONAL*

*DIFFERENT COUNTRIES: THE BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE
LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE AND THE EXPLORATION OF THE
NATIONAL TERRITORY*

Andrés Estefane
Centro de Estudios de Historia Política
Universidad Adolfo Ibáñez
andres.estefane@uai.cl

RESUMEN

La *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile*, iniciativa editorial que recientemente reeditó cien trabajos pioneros para la historia científica, técnica y profesional local, incluye entre sus volúmenes varios textos relativos a exploración territorial del país durante el siglo XIX y la primera mitad del XX. De su lectura emerge una serie de reflexiones respecto a las ventajas y riesgos de estudiar a viajeros y expedicionarios científicos, los motivos y consecuencias de sus viajes, la (in)visibilidad de las mujeres en la historia de esta práctica y las pistas que estos relatos ofrecen para comprender el proceso de transformación territorial de la república.

PALABRAS CLAVE: Exploración territorial, Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile, viajeros.

ABSTRACT

The *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile*, an editorial project that recently republished one hundred pioneering works for the history of Chilean science and technology, includes several accounts on land exploration during the nineteenth- and early-twentieth centuries. Reviewing their content offers a chance to think of the benefits and risks of studying travelers, the motivations and significance of their expeditions, the (in)visibility of women in the history of this practice, and the ways these reports help to understand the territorial changes of the Chilean republic.

KEY WORDS: *Land exploration, Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile, Travelers.*

Recibido: 15 de septiembre de 2015

Aceptado: 14 de octubre de 2015

Entre 1840 y 1940 la República de Chile cambió vertiginosamente. Si al inicio su población superaba con dificultad el millón de habitantes, para el censo de 1940 ese total se había quintuplicado. Fue también en este ciclo que se consolidó el proceso de urbanización, consumando las transiciones anunciadas por la política de fundación de ciudades que implementaron las administraciones coloniales durante la segunda mitad del siglo XVIII. En 1865 solo Santiago y Valparaíso superaban los 20.000 habitantes; siete décadas más tarde eran diecinueve las ciudades con tal densidad. Fue hacia la década de 1940, de hecho, que la población urbana superó por primera vez a la rural, marcando una tendencia que se acentuará conforme avance el siglo (Hurtado 145, 167-171).

Igual o más vertiginoso fue el proceso de modificación de sus fronteras territoriales. En 1840 Chile era una franja de mil kilómetros que iba desde las inmediaciones de Copiapó hasta el río Biobío, la última frontera política. Más allá estaba Arauco, territorio autónomo según el dictamen del Parlamento de Tapihue de 1825, y más allá la Patagonia, territorio sobre el que circulaban descripciones físicas y humanas que alimentaban fantasías de colonización en estado latente. Nada de eso formaba parte del territorio chileno, aunque las constituciones diseñadas hasta ese minuto afirmaran lo contrario, pero fue en esa década cuando se dio partida formal al proceso de expansión fronteriza. En ese primer empuje se inscribe la fundación de la colonia penal de Punta Arenas, el poblamiento de las riberas del lago Llanquihue y la penetración civil —mediante el mercado de la tierra— allende el Biobío.

En cuestión de años las fuerzas de la burocracia y la economía serían secundadas por las armas. Uno de los frentes cruciales de despliegue fue la ocupación militar del territorio araucano, que cobró vidas y recursos al menos hasta 1883, cuando cayó el último foco de resistencia mapuche. Hacia esa misma época se cerraba otro proceso de expansión fronteriza, en el norte, que tuvo en la Guerra del Pacífico (1879-1883) su trágico desenlace. La imagen de un país que se alargaba a una velocidad inusitada trastocó la imaginación de los contemporáneos. El fragmento de una carta enviada desde Tacna en noviembre de 1880 por el ministro Eulogio Altamirano al banquero y diplomático Augusto Matte ilustra esta impresión: “Antes de que el vapor parta alcanzo a darle un abrazo desde Chile nuevo. ¡Diablos! Pienso que este Chile que nosotros conocimos chiquitito se va estirando, estirando y que ya los brazos no alcanzan por largos que sean para abrazar a un amigo que ya está en el Chile viejo” (Mc Evoy 29). Desde luego que en esa imagen no estaba contemplada otra anexión, oficializada en 1888, la de Isla de Pascua, acontecimiento mayor en las pretensiones expansionistas chilenas sobre el Océano Pacífico (Foerster *et al.* ix-lxii).

Pero no cesaron ahí las transformaciones del “Chile nuevo” al que aludía Altamirano. Aunque las décadas inmediatas estuvieron centradas en la “chilenización” y organización administrativa de lo recientemente conquistado (González 17-61; Díaz *et al.* 755-764; Cano), los primeros decenios del siglo XX serán el escenario de un nuevo ciclo expansivo que comprendió tanto episodios de violencia organizada –estatal y privada– como declaraciones formales de soberanía. El primero de esos expedientes fue lo que permitió la incorporación definitiva de la zona de Aysén, que partió como área de colonización para ser luego reconocida como provincia (1929), todo en medio de un intensivo y trágico proceso de intervención empresarial y ocupación espontánea (Martinic 111-296); mediante el segundo expediente se consumó el control estatal sobre el espacio aéreo (Hamilton 23-40), como también la fijación de los límites del Territorio Antártico (1940), medida que encontró resistencia en la comunidad internacional por su unilateralismo e ilegalidad (Jara 165-177). El año 1940 fue además el de la creación de la Provincia de Osorno, la última unidad administrativa instituida en este ciclo territorial. La organización política del espacio, desde luego, reflejó estas mismas transformaciones: las nueve provincias de 1840 llegaban a 25 cien años más tarde. Ese era el ordenamiento de un país que ahora se extendía desde el histórico puerto de Arica a la disputada zona polar. Se trataba, tal como lo sintomatizó Altamirano en la década de 1880, de un país distinto.

UN CATÁLOGO CIVIL: LA BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

Aunque fundamental por sus alcances políticos y económicos, la historia territorial de Chile se ha vuelto ajena, tanto en sus líneas gruesas como en su trazo fino. No hay una narrativa que la aglutine dotándola de sentido, un sentido distinto a la convencional historia de límites, y ello en parte se explica porque su conocimiento cabal –incluyendo sus pasajes grises– implicaría desestabilizar la representación fija que emana del mapa resultante. De ahí que la postal de partida, la de un Chile menor, contraído, fragmentado, se torne huidiza y estratégicamente innecesaria (Craib 19-53). Las consecuencias no son menores. Por lo pronto, ello ha consolidado una visión naturalizada del territorio, que desconoce por igual fases y fisuras, que se desentiende del papel de la violencia en ese curso, incluso de la ilegalidad que a veces lo condujo, y que reivindica una representación homogénea que homogeneiza también el pasado (Sagredo Baeza, “El territorio” 29). El cuerpo geográfico de la nación emerge así como un producto sin historia, un algo eximido de las colisiones que ordenan el acontecer, una proyección retrospectiva de un presentismo radical. El mapa de hoy se transa entonces como el mapa que ha existido siempre (Winichakul 140-163).

Sería un despropósito sugerir que una narrativa compensatoria era inimaginable. Las referencias para explicar la vertiginosa transformación territorial de Chile no

estaban extraviadas, aunque varios de sus hitos permanecían encapsulados en nichos de especialización y obsesiones anticuarías que impedían una visión de conjunto. Probablemente ese es uno de los principales aportes de la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile*, iniciativa editorial que ha reeditado cien trabajos pioneros en la historia científica chilena por su notable contribución al conocimiento de la realidad social y material del país¹. El arco temático que cubren esos cien títulos es amplio y no todo tiene que ver con la historia territorial. Pero aquí se encuentran tomos indispensables para entender dicho proceso y en el marco de este catálogo, que cronológicamente cubre todo el siglo XIX hasta mediados del XX, se ve virtuosamente reunido lo que reposaba disperso².

Junto con visibilizar el espesor de la producción científica y académica local desde los inicios de la República (espesor no siempre reconocido en los balances intelectuales), los títulos aquí reunidos reflejan la pluralidad de enfoques y preguntas con las que se ha pensado Chile en el marco de distintos proyectos de desarrollo, situando a la geografía y la discusión jurídica, a la ingeniería y el ensayo social en un horizonte que actualiza y refuerza la dimensión civil de todo saber. Tal afirmación exige una clarificación. Aunque esta colección ha sido correctamente definida como una “biblioteca científica”, en ella también encuentran lugar textos clásicos del ensayo social chileno, como *El porvenir del hombre* (1858), de Pedro Félix Vicuña; *Los derechos civiles de la mujer* (1898), de Matilde Brandau; *Sinceridad. Chile íntimo* (1910), de Alejandro Venegas; *El problema nacional* (1917), de Darío Salas; *Chile: luchando por nuevas formas de vida* (1935-36), de Wilhelm Mann y la compilación *Chile, país de contrastes* (1906-1953), de Gabriela Mistral. Estas oportunas inclusiones definen

¹ La iniciativa, desarrollada en conjunto por la Biblioteca Nacional de Chile, la Pontificia Universidad Católica de Chile y la Cámara Chilena de la Construcción, se extendió entre los años 2007 y 2013, lapso en el que se editaron mil ejemplares de cada título –cien mil libros en total– que fueron enviados a las principales bibliotecas públicas del país y algunas del extranjero. Cada volumen cuenta con una introducción a cargo de un especialista que reconstruye las condiciones de aparición de la obra, ofrece indicios sobre su autoría (individual o institucional) y explica su importancia para el desarrollo local de la ciencia y la técnica, clarificando así su inclusión en el catálogo. Los títulos se encuentran también disponibles en línea en la Biblioteca Nacional Digital de Chile, donde además se pueden consultar adendas, noticias y piezas audiovisuales para el uso de esta biblioteca como recurso pedagógico.

² Una primera versión de estos planteamientos fue presentada en el coloquio “Los libros que construyeron Chile, 1850-1950. Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile”, realizado en Santiago el 8 de septiembre de 2014 en el Salón Fundadores OTIC de la Cámara Chilena de la Construcción. La transcripción de esa exposición apareció en el número 32 (junio 2015) de la *Revista de Historia y Geografía*, editada por la Universidad Católica Silva Henríquez.

otro aporte: emparentan el núcleo científico-técnico del catálogo con publicaciones a primera vista distantes, pero que en la proximidad se reconectan por afinidades cívicas que olvidamos percibir. Es lo cívico en las ciencias y lo cívico en las humanidades. Se trata de un cruce de alcances republicanos, crucial para dotar de sentido político a la obsesión actual, casi refleja, por la indagación interdisciplinaria.

Dar cuenta a cabalidad de la amplitud y riqueza temática de esta colección podría dar lugar a otra biblioteca. Mi propósito aquí es más modesto y ya está esbozado: revisar algunos de los títulos que remitan a la historia de los viajes y entreguen luces respecto al impacto de esta práctica en la configuración y circulación de impresiones territoriales forjadas en paralelo a la expansión fronteriza. Con ese objetivo se abordan aquí indistintamente las expediciones científicas más gravitantes con las visitas administrativas y periplos personales que también contribuyeron – digamos, de manera oblicua– a la construcción material y simbólica de la República. Tal como muestran los textos de este catálogo y otros no incluidos en él, los viajes resultaron fundamentales para la consolidación del Estado, la explotación de recursos naturales, el avance científico y la formación de una conciencia territorial, ecológica y energética entre los ciudadanos. Relevante ese impacto es un ejercicio ineludible en una sociedad cuyo panteón ha sido ingrato con el trabajo de científicos, burócratas y artistas que dejaron valiosos retratos del país, su gente y sus recursos. Desde luego, no pretendo entregar aquí visiones sumarias ni descripciones detalladas de cada una de estas expediciones. Simplemente me interesa registrar algunas ideas que, junto con ser útiles para una evaluación crítica de esta práctica y su impacto en la historia de la República, pueden estimular la lectura y contribuir al conocimiento de una iniciativa editorial que rescata y visibiliza el patrimonio científico e intelectual del país.

EL PROBLEMA DEL PANTEÓN: VENTAJAS Y RIESGOS DE ESTUDIAR A LOS VIAJEROS Y EXPLORADORES DE LA REPÚBLICA

No hay novedad al afirmar que el panteón republicano local está virtualmente monopolizado por figuras del ámbito militar. Esta constatación instala un primer pilar para identificar una de las ventajas de estudiar a los viajeros: conocer su historia y sus aportes a la república permite enriquecer ese panteón no solo con nuevas caras, sino también con otras habilidades, filosofías y preocupaciones colectivas. Si reconocemos que la exploración del espacio es una actividad imprescindible para dotar de sentido a una comunidad política que reivindica un territorio en términos modernos, ello significa aceptar que el método, la rigurosidad y la disciplina asociados a trabajos de estas características también forman parte del patrimonio valórico e intelectual que dicha comunidad debería reconocer como constitutiva. Ese es también el objetivo que se proponen los editores con el catálogo en su conjunto, “ampliar el rango de modelos

sociales tradicionales” valorando el quehacer de científicos, técnicos, profesionales e intelectuales en la forja cotidiana de la República. Se trata de una rehabilitación histórica, es cierto, pero es también una apuesta por reconsiderar un modelo de desarrollo donde la ciencia, la técnica, la innovación, la iniciativa privada y el servicio público tengan como norte, como lo tuvieron en un minuto, el bienestar colectivo³.

Esto no es nuevo y lo que hace esta *Biblioteca* reeditando los relatos de algunos viajeros es reforzar una tendencia. El viaje, en tanto práctica y problema, se ha instalado como tema ineludible en los relatos locales sobre la modernización del país y, por lo mismo, hoy podemos hablar de la existencia de una galería célebre donde figuran varios viajeros cuyos trabajos habrían facilitado la inserción de este país, una colonia pobre y periférica, en la compleja coreografía de repúblicas modernas. No es algo menor. Estas exploraciones siempre generaron reportes, informes, estudios, que desde luego circularon en Chile, pero también en el extranjero. Participando de la constitución de una red internacional de producción y circulación de conocimiento estandarizado, los reportes de estas expediciones contribuyeron a reforzar de manera palpable la visibilidad del país y su reconocimiento en el concierto internacional. Aunque los nombres de estos expedicionarios todavía pujan por ampliar las fronteras o renovar la composición del panteón oficial, que hoy sean reconocidos como grupo es signo de avance.

Estudiar a los viajeros también abre la posibilidad de entender la historia de la República desde nuevos ángulos. Nos permite enriquecer lo político vinculándolo con la ciencia y, sobre todo, con lo territorial, algo importante en un país donde el estudio y la enseñanza de la historia se ha distanciado de su antigua relación con la geografía. Los viajeros nos ayudan a recomponer ese vínculo y en especial a resituar lo espacial como una cuestión clave para entender el fenómeno del poder. Digo esto porque los exploradores son figuras que fuerzan transiciones importantes en el imaginario territorial de un cuerpo social. Algunos piensan el territorio a partir de su fisonomía, de la historia del relieve; otros lo hacen a partir del poblamiento y el impacto del hombre en el medio. Pero todos, a fin de cuentas, nos obligan a considerar la dimensión espacial, que fue también una obsesión para los contemporáneos. Una carta de 1875 firmada por el ingeniero radical José Francisco Vergara, un político de elite al tanto de los asuntos públicos, da cuenta de ese efecto y de la importancia de la investigación científica en la percepción territorial de quienes ven —y no solo padecen— el poder. Sus palabras van dirigidas al capitán Francisco Vidal Gormaz, figura clave en la historia de la exploración de las costas y ríos de la República, a propósito de la publicación

³ Los propósitos globales del proyecto pueden entenderse al revisar el texto de presentación inserto en cada una de las obras.

del primer número del *Anuario Hidrográfico*, el boletín de la Oficina Hidrográfica de la Marina que Vidal encabeza:

El primer número del *Anuario Hidrográfico* ha conquistado y establecido sólidamente el crédito de la oficina que Ud. ha tenido el mérito de formar. Su difusión hará conocer aun a nosotros mismos la forma y fisonomía de nuestro país, que a pesar de lo pequeño y fácil de explorar en casi la totalidad de la extensión es hasta el presente tan ignorada de sus hijos como el Turquestán o la Corea (Coyoumdjian xxiii).

Similar preocupación exuda el preámbulo del decreto que organizó la Comisión Exploradora del Desierto de Atacama (1883-1890), una de las primeras en recorrer con ojo científico el teatro mismo de la guerra, y que encabezara el ingeniero Francisco San Román, otro de los exploradores rescatados en esta colección (San Román 3-5). Ambos, Vidal Gormaz y San Román, pero también Rodolfo Philippi y Guillermo Cox, al igual que Francisco Aracena y Alberto de Agostini, cumplieron en su minuto la crucial tarea de volver abordable lo ignoto, habitable lo inhóspito, familiar lo desconocido y, si bien en ningún caso reemplazaron o suplieron las fuerzas de la economía o el empuje de la política, sí ofrecieron los argumentos, las imágenes y las razones que una y otra, economía y política, necesitan para ponerse en marcha.

Al decir esto, no queremos exagerar el papel de los viajeros de la era republicana oscureciendo a sus antecesores de la época colonial. Los viajes imperiales, en particular los del siglo XVIII, cumplieron funciones similares y también ataron el problema geográfico al ejercicio del poder. Pero entre ambos contextos hay distancias y parte de esa brecha se explica por la naturaleza social del conocimiento que producen. Las pesquisas coloniales no necesariamente tuvieron una vocación pública y sus resultados fueron usualmente conservados y utilizados bajo la lógica de la reserva, algo muy distinto a la obsesión por la transparencia del contexto republicano, que sometió a escrutinio el trabajo de quienes eran sostenidos por el erario común (la prensa aquí jugó un papel relevante), puso en evidencia las fortalezas y debilidades de sus pesquisas e hizo de aquel material un asunto de interés público. Aunque operaran bajo el mismo paradigma científico –resta demostrar en qué minuto se superó el formato de las relaciones topográficas coloniales– estamos ante experiencias que no pueden ser reducidas a un horizonte común.

Existen buenas razones, entonces, para estudiar a los viajeros y su aporte a la República. Pero también hay riesgos y el mayor de ellos es convertir a estos hombres en nuevos genios culturales, en representantes de virtudes –como el trabajo, la disciplina, la inteligencia– que aparentemente serían escasas en estas latitudes. Ahí reside un problema serio, pues tras esas conversiones siempre se instalan ficciones moralizantes que despistan y neutralizan los beneficios de que el panteón republicano esté también integrado por científicos. No es fácil evitar este riesgo, sobre todo por

el atractivo de armar genealogías de exploradores que desnudan los recovecos de una república situada al fin del mundo. Hay aquí ingredientes épicos donde se cruzan la fascinación geográfica y la narrativa heroica y es el testimonio de los mismos viajeros lo que a menudo refuerza el punto:

Comenzaba el desierto a tomar posesión de sus viajeros: no más pueblos ni viviendas ni recurso alguno después de aquel oasis reparador [se refiere a la Finca de Chañaral], presintiéndose ya las impresiones de la soledad y cierto curioso deseo de penetrar aún más en ella, como una aspiración del espíritu y una necesidad física de moverse, de medir el espacio infinito y recorrerlo. Hasta entonces era grata la animación del pequeño campamento nómada con sus carpas, su carreta y animales, sus bagajes y la bulliciosa colmena de su personal: ingenieros, guías, peones y arrieros, que constituían un centro social y un medio de vida y actividad, pero llegaba la necesidad de separarse, de distribuirse las tareas y aislarse los unos de los otros en el silencio de aquella naturaleza muerta, donde empezábamos a sentirnos en la verdadera situación del explorador que se aventura en el desierto (San Román 12-13).

Pero más que en esas miradas patéticas, el principal riesgo reside en las lecturas canónicas que exageran el carácter, la disciplina y el tesón de estos hombres de ciencia. Ello no significa desconocer sus esfuerzos ni negar la radicalidad de sus opciones, que en muchos casos los llevaron a abandonar sus patrias de origen para correr las fronteras del conocimiento en geografías extremas. Se trata, simplemente, de que sean recordados como lo que fueron, científicos rigurosos, no santos laicos.

La configuración de estas narrativas heroicas en torno a las virtudes de un individuo también puede llevar a olvidar que estos expedicionarios nunca viajaron solos y que el conocimiento que produjeron frecuentemente reposó en el trabajo, a veces anónimo, realizado por otros. Es la escenificación nacional de una brillante frase de Fernand Braudel, registrada a propósito de la exploración imperial sobre América y África: “Europa ha redescubierto el mundo, muy a menudo, con los ojos, las piernas y la inteligencia de los demás” (39). En efecto, estos expedicionarios siempre fueron asistidos por una nutrida coreografía de agentes, sin los que ningún recorrido hubiese sido posible: arrieros, funcionarios de la administración provincial, cateadores, jóvenes ayudantes, científicos aficionados, comerciantes, delincuentes redimidos, profesores de liceo, exconvictos, estudiantes. Todo dependía de la geografía, el momento, los rigores del periplo. San Román, por ejemplo, es generoso en el reconocimiento de esos protagonismos y en su informe hay espacio para nombres, habilidades y contribuciones. De hecho, la vaga mención a sus acompañantes en la descripción inicial del campamento —esos “ingenieros, guías, peones y arrieros” que se mueven laboriosos— será luego profundizada con pelos y señales. Así irán apareciendo el ingeniero geógrafo Alejandro Chadwick y el geólogo Lorenzo Sundt, los miembros iniciales de la comisión, a

quienes luego se sumarían Santiago Muñoz, como ingeniero 2º, y García Quintana, como ayudante de expedición; dedicará no pocas palabras al cateador Pablo Torres, “uno de los más antiguos prácticos y conocedores del desierto”, quien sirvió eficientemente como guía, pero ayudó también con la toponimia, cuestión clave “en medio de una verdadera anarquía de títulos y nombres propios aplicados antojadizamente” (10). Pero la admiración fue todavía más profunda por el “tuerto” Salvatierra, un beduino de la puna atacameña, mapa viviente de la zona, quien no solo conocía “cada cumbre, cada piedra, cada vuelta de camino”, sino también las noticias fantásticas que siempre deben contarse cuando se asimila lo desconocido (56-57).

Igual asistencia tuvo el científico Rodulfo Philippi, quien recorrió treinta años antes, y con otras incertidumbres, las mismas tierras que viera San Román. El propio testimonio de Philippi permite medir el alcance de los imprevistos en la suerte de estos recorridos y la importancia del conocimiento de primera mano, pero también del tino, la paciencia y el regateo, al momento de salvar un punto crítico. Elocuente es el relato de los esfuerzos realizados por uno de sus intermediarios para conseguir bestias de carga –problema recurrente en los relatos de viajeros– entre los changos de la zona y de la gestión directa que el mismo Philippi debió improvisar cuando todo parecía perdido:

No habiendo tenido los empeños del señor Almeida el éxito que yo deseaba, me fui a tratar yo mismo con Serafina. Por una libra de coca que yo debía comprar en Cachinal de la Sierra a los atacameños que esperaba hallar, un poco de harina cruda, de harina tostada, un poco de grasa, de galleta, charqui, hierba y azúcar me alquiló dos burros y un viejo, un tal José, quien debía acompañarnos para volver después con los animales. Los víveres que recibí habrían costado apenas 3 pesos y la coca importada 2 pesos. El negocio con la vieja era muy divertido. Más de veinte veces decía: sé que es un vicio el mascar coca, pero soy vieja y no puedo dejarlo. Sí, yo soy la viciosa, pero cómpreme usted la coca; hágame ese favor por vida suya (49-50).

El asistente al que alude Philippi es Diego de Almeyda, el famoso minero y cateador de la zona, quien si bien falló aquí, fue clave en otros ámbitos, al igual que Guillermo Döll, de gran ayuda en los trabajos cartográficos. La asistencia de Döll ilumina otra arista importante: la lectura de estas narraciones permite reconstruir complicidades entre pares, armar un mapa social del desarrollo de la ciencia y la técnica en Chile, seguir la genealogía de deudas e influencias que se reconocen explícitamente. Declaraciones de este tipo abundan y revisarlas permite entender bajo qué lógicas se fue articulando el campo científico chileno, cómo circulaban las obras y en qué medida cada expedicionario situaba su trabajo en la trama mayor. Eso indica la historia de producción de la *Geografía física de la República de Chile*, publicada en 1875 por el geólogo francés Pedro José Amado Pissis, quien llegó al país en 1848 contratado

por el gobierno de Manuel Bulnes, mientras Claudio Gay, otro gran expedicionario, llevaba adelante su viaje de reconocimiento por el territorio chileno. Pissis reconoce sus deudas científicas en el prefacio a su obra, identificando los trabajos que habían servido de referencia y mencionando a los ingenieros y topógrafos locales que lo habían asistido en su comisión:

[d]eseando sobre todo presentar el conjunto de los fenómenos naturales, he creído necesario consultar además las obras de los naturalistas que han recorrido el país; y más particularmente el gran trabajo del señor Claudio Gay sobre la flora y la fauna de Chile. Las publicaciones mineralógicas del señor Domeyko me han servido para completar el cuadro de las especies minerales, y para la meteorología he recurrido a menudo a las observaciones de los señores Donoso, Fonk [sic] y Schythe; finalmente debo a la oficiosidad de los señores Cuadra, Concha y Drouilly, ingenieros de la comisión topográfica, importantes observaciones sobre la geología y la meteorología (3).

Vidal Gormaz hizo lo propio mencionando a Gay, Philippi y al mismo Pissis, y similares palabras se encuentran en la crónica de San Román, quien no ahorró elogios para agradecer las orientaciones del experimentado químico y mineralogista alemán Ludwig Darapsky, otro de los autores aquí reeditados. Pero el reconocimiento no solo se prodigaba a los mayores, sino también a quienes se iniciaban, y el mismo San Román guardó palabras para la generosidad y entusiasmo de los jóvenes ingenieros Pedro Escribar y Enrique Cavada, quienes en Tierra Amarilla y Bordes habían tratado con un pequeño grupo de estudiantes de la Universidad de Chile que integraron temporalmente la Comisión Exploradora del Desierto de Atacama, como parte de un viaje de instrucción (205).

Ahora, conviene recordar que el apoyo no siempre fue científico o técnico, sino también preventivo, y ello por un asunto que la autocomplaciente narrativa republicana tiende a minimizar: la ubicuidad de la violencia, sobre todo a campo traviesa, y que puso en riesgo varias de estas empresas científicas. Como simple muestra, en su contrato con Pissis el gobierno se comprometió a sufragar el sueldo de un soldado que lo acompañaría en todo momento y de una “escolta suficiente” cuando se internara en territorios inseguros (González y Andrade xii). Lo interesante es que esa protección oficial fue más bien protocolar. Las mejores escoltas se reclutaban en el camino y la seguridad era confiada a celebridades locales que, dependiendo de las circunstancias, oficiaban como enemigos o aliados del Estado.

Un pasaje del texto de San Román ilustra con claridad ese punto (ya puede intuirse que lo suyo fue mucho más que un reporte científico). Convertido en narrador de una obra de suspenso, San Román toma un atajo en su descripción geográfica para referir el temor que asoló a su caravana en marzo de 1884. Todo indicaba que eran seguidos por Vicente Caballero, eminente bandido provincial, quien, no contento con haberlos

timado en una jornada previa, volvía a asediarlos “deseoso de nuevos despojos”. Pero los expedicionarios ya no estaban solos. Algo habían aprendido. “Nuestra confianza descansaba en Juan Calabacero”, cuenta el ingeniero, un “antiguo contrabandista de tabacos” que San Román describe como un pobre ignorante, una víctima de la codicia de otros que se habían aprovechado de su conocimiento geográfico para defraudar al fisco. Este oportuno encuentro con la ciencia marca la redención del otrora enemigo del Estado. La descripción que de él queda en este informe hasta permite borrar un personaje heroico: se le muestra como un hombre honrado, de fidelidad inquebrantable, que encarna el estereotipo del andariego fraguado en los extramuros, ese al que se respeta por su fuerza y su destreza con el arma blanca. Tales señas cobran sentido cuando la descripción de San Román pasa de lo pintoresco a lo dramático. Da igual la fecha, lo importante es el hecho: una noche, tras el balance de recursos, se echan de menos varios animales. La tragedia no era tanto la pérdida de dieciocho bestias, sino lo que ello implicaba para el grupo: diez comisionados quedaban a pie, sin alimentos “y con la expectativa de una retirada en que el cansancio y el hambre, el frío y la puna podían producir desastrosas consecuencias”. Pero nada de eso ocurrió, pues Calabacero había sorprendido a Caballero en plena huida y este, atento a la fama del nuevo guardián de la ciencia, resolvió renunciar al botín y ahorrarse la riña. La imagen de su arribo al campamento con las bestias que se creían perdidas bordea la épica. Si el relato se hubiera suspendido en ese punto ello en nada resentía la fama del héroe, pero San Román no resiste la tentación de alargar el paréntesis y saltar al futuro para cerrar el cuadro con una ilustrativa relación del funcionamiento de la justicia. Dos años más tarde, cansada de perseguir a Caballero, la policía de Copiapó encarga al mismísimo Calabacero darle caza y entregarlo vivo o muerto. Calabacero opta por lo segundo “para ahorrarle”, habría dicho, “ese trabajo a la ley” (42-46).

LOS OTROS VIAJEROS: BURÓCRATAS, ARTISTAS Y MUJERES EN TRÁNSITO

Para los exploradores científicos la república es un laboratorio, un espacio de investigación y reflexión, una zona abierta al lenguaje universal de la ciencia y sus categorías. Desde esa plataforma asistieron al Estado en la tarea de enfrentar y reducir la ignorancia, uno de los grandes enemigos de todo orden en fase de constitución. Por eso mismo estas figuras son recordadas y reclaman su espacio en el panteón de la república. Pero el territorio fue también recorrido bajo otros criterios, definidos por pedestres necesidades administrativas, presiones bélicas e incluso por impulsos personales. Es entendible que estos otros viajeros, que podríamos llamar “menores”, tengan baja visibilidad, aunque sus expediciones hayan sido tan o más decisivas que las formalmente científicas. Sus viajes pertenecen a otra esfera. Son experiencias que se inscriben en la pesada rutina burocrática, las opacas tareas de fiscalización y control

administrativos, la fijación de protocolos entre funcionarios civiles, el reconocimiento territorial que antecede a las medidas de gobierno o al ejercicio organizado de la violencia.

De esto último también hay ejemplos en la *Biblioteca Fundamentos*, como lo atestiguan los *Documentos relativos a la Ocupación de Arauco*, de Cornelio Saavedra, proceso en que el anti-indigenismo y la ideología de la ocupación se acoplaron a una metáfora espacial ineludible para la comprensión territorial del Chile moderno y de la alianza burocrático-militar, de beneficio privado, que tornó todo posible. Tal como indicaba *El Mercurio* en julio de 1859, la cuestión de Arauco no se trataba de “la adquisición de algún retazo insignificante de terreno” ni de la afirmación “de la soberanía nominal sobre una horda de bárbaros”, sino “de formar de las dos partes separadas de nuestra República un complejo ligado” (Pinto 154). Reveladores resultan los documentos del mismo Saavedra, pero también los informes previos redactados por Antonio Varas (1848) y Pedro Godoy (1861), que no solo dan cuenta de la situación imperante en Arauco en la antesala y el despliegue mismo de la invasión del Estado, sino también de la densa red de informantes que alimentaban las fábricas de argumentos públicos en torno al destino de la región (Saavedra 267-349). Una maquinaria similar, aunque en otra escala, operó sobre Isla de Pascua, proceso también largo, plagado de representaciones forzadas, y que se alza como otro de los hitos abiertos y pendientes en la ingrata historia de las relaciones interétnicas al interior del país (Foerster *et al.* ix-lxii).

¿Qué se puede decir desde el punto de vista de la administración del Estado? En un libro reciente, la historiadora Elvira López reconstruyó una de esas expediciones rutinarias, la de Victorino Garrido, el primero en ejecutar las funciones de visitador fiscal en las dependencias administrativas de la república a inicios de la década de 1830 (López 177-192). Su caso es ilustrativo de cómo una cuestión coyuntural, la organización de comisiones de visita para conocer el estado de la administración provincial, terminó siendo una situación propicia para recopilar noticias útiles al gobierno. Corresponde precisar que la “utilidad” pudo haber sido relativa, cuando no inexistente, pero se trató a la larga de experiencias relevantes para la fijación de técnicas de indagación que eventualmente podían trasplantarse a otros contextos con la migración burocrática de los agentes públicos.

Lo relevante es que con Garrido y después de Garrido emergen los “burócratas ambulantes” del Estado, los visitadores de escuela, los visitadores provinciales de la Oficina de Estadística, los visitadores judiciales, los funcionarios de correos; en rigor, todos aquellos que recorrieron el territorio y dieron cuenta de él con un nivel de detalle similar y a veces superior al de los grandes exploradores (Estefane, “Burócratas” 3-4). Casi cuarenta años después de Garrido, otro funcionario estatal, Tulio Rengifo, recorrió todo el territorio nacional para enseñar a los burócratas de provincia algo simple, pero crucial: cómo producir estadísticas confiables y construir archivos locales para preservar esa información. Aquí el viaje se convierte en una empresa pedagógica que tiene la función de educar la mirada y unificar el lenguaje, preparando agentes que

multipliquen la capacidad del Estado de extraer, ordenar y procesar información social de manera uniforme (Estefane, “Enumerar” xlv-liii).

Hoy pocos recuerdan a Garrido o a Rengifo, aun cuando sus comisiones resultaron fundamentales. ¿Por qué? Porque fueron empleados menores que gastaron sus días en comisiones itinerantes al servicio de una estructura burocrática que los puso en terreno, los convirtió en instrumento y los invisibilizó. Sus textos e informes, considerados obras mínimas, simples reverberaciones de fórmulas convencionales, cargan hoy con la mala fama del documento oficial. Como aquí la autoría parece ser algo anecdótico, es común que estos reportes terminen confundidos con el discurso de la autoridad o la idea abstracta de poder. Sabemos, sin embargo, que el asunto tiene una textura más densa. Quien reconoce que tras cada documento oficial hay un agente con nombre y apellido, quien acepta que las fórmulas narrativas del sistema burocrático también pueden ser impredecibles, no puede eludir la pregunta por la identidad de los delegados que recorrieron el territorio recopilando datos, acumulando testimonios y redactando los informes que nutrirán el discurso y la praxis de los conductores del Estado. Parece necesario, entonces, seguir las huellas dejadas por esos burócratas ambulantes que, amparados en la cimbreada legitimidad del poder central y hurgando en las trastiendas de lo cotidiano, recorrieron y narraron a su modo aquellos espacios donde el proyecto impuesto por la elite de Santiago, hasta bien avanzada la república, tendía a desdibujarse o desaparecer.

Si de invisibilizaciones se trata, convendría iluminar una omisión importante dentro de este catálogo. Exceptuando a María Graham, no es frecuente invocar protagonismos femeninos a la hora de pensar en el problema del viaje, aunque deberíamos, porque las mujeres viajaron mucho y en condiciones similares a sus pares. Volvemos aquí a una idea ya planteada: el desplazamiento por la república durante el siglo XIX supuso exponerse a una violencia latente. El territorio estaba plagado de riesgos y por eso el Estado previó la presencia de soldados o escoltas, independiente que en terreno el problema tendiera a resolverse mediante expedientes distintos. Como sea, lo medular es que no hay reporte sin registro de alguna forma de violencia o donde el viajero no haya dejado zonas grises, inciertas, confiadas a la imaginación geográfica, por miedo a que un asalto, una catástrofe e incluso un ataque animal tiraran por la borda el conocimiento y quizás la vida. Son viajeros como los de Alejo Carpentier en *El siglo de las luces*, esos que salían al camino esperándose lo peor (299). Aquí, las diferencias son mínimas.

Existen varias historias de viajes femeninos que no calificaron para esta selección. Ahí está Florence Dixie, quien recorrió la Patagonia entre 1878 y 1879, antecediendo a exploradores connotados como Hans Steffen o Alberto de Agostini. Se dice que ella fue la primera en describir con pelos y señales –e instalar en el imaginario europeo– la majestuosidad de las Torres del Paine. Lo hizo en su libro *Across Patagonia*, que llegó a manos del mismo Darwin y que, a excepción de una traducción editada en 1996

por la Universidad de Magallanes, sigue siendo casi desconocido en estas latitudes o al menos no supera en circulación a textos como el de Steffen o de Agostini. Pienso también en Marianne North, otra británica que viajó a Chile, específicamente a la Araucanía, en 1884, un año después del triunfo del ejército chileno y la imposición del cierre provisional a la invasión de Arauco. North viajó por ese territorio hostil, fracturado por la ira de la derrota y la paranoia del invasor, pintando la flora chilena⁴.

Visibilizar el protagonismo femenino es otra vía para enriquecer la galería local de exploradores, problematizando algunos de los supuestos que operan en la caracterización global del viaje. Sin embargo, se trata de un reconocimiento que no puede estar inmune a la crítica respecto a la forma en que esas experiencias dialogan con las representaciones dominantes. Es lógico que nos interese por aquellas viajeras cuyos registros iluminan problemas descuidados o proponen lecturas improbables, pero también debemos poner atención en aquellas que reproducen e incluso refuerzan las convenciones menos luminosas de su tiempo (Franco y Ulloa 319). Solo de esa manera podremos entender la complejidad de la experiencia en la que se encuentran ambos tipos de relatos.

LA EXPLORACIÓN DE LA REPÚBLICA Y LA EXPANSIÓN TERRITORIAL DEL PAÍS

Uno de los aciertos de esta biblioteca es reunir viajeros y exploradores que dan cuenta de Chile en distintos momentos de su huidiza historia territorial. Las fronteras cronológicas de la colección tienden a coincidir, de hecho, con la época donde se verifica el proceso de expansión que explica el mapa actual, desplegado mediante invasiones y guerras convencionales o lentos procesos de colonización. Basta pensar que el primer expedicionario reeditado en esta colección, Claudio Gay, comenzó su viaje en un país donde la soberanía efectiva iba de Copiapó a Concepción, la población

⁴ Benjamín Vicuña Mackenna fue uno de los más solícitos anfitriones de North en Chile. Preso de su irreflexiva fascinación por lo extranjero, en noviembre de ese año publicó una extensa nota presentando en sociedad a tan ilustre visita. (“Una visita ilustre. Miss North”, *El Mercurio de Valparaíso*, 1 de noviembre de 1884). De él y aquella nota, North escribió: “Un día mi amiga Mrs. Proctor –la única dama inglesa que, exceptuando a Mrs. Pakenham, vivía en Santiago–, subió trayendo a don Benjamín Vicuña di Mackenna (sic), un escritor y patriota muy distinguido, quien venía a verme (...) y a ver mi obra, que lo impresionó tanto que escribió un artículo largo y florido en el diario sobre mí, diciendo, entre otras cosas, que yo me internaba en países soleados, pintando el cielo azul y la luz, ‘para llevarlos al pobre pueblo de Londres, que nunca ve la luz ni el cielo, ¡y que ni siquiera sabe cómo son!’”. Generalmente bienintencionada, no será la primera vez en referirse a Vicuña con cierta compasión. (Echenique y Legassa 72 y 74).

superaba con suerte el millón de habitantes y el territorio se organizaba en ocho provincias (Sagredo Baeza, “De la historia” ix-xxxvii). Cuatro o cinco décadas más tarde, cuando se incorporan los terrenos invadidos en el ciclo liberal, la superficie del país casi se ha duplicado (incluyendo a Antofagasta y Tarapacá junto a la Araucanía e Isla de Pascua), las provincias suman casi veinte y la población bordea los dos millones y medio. Dicho ciclo expansivo se cerrará recién en la primera mitad del siglo XX.

Si estos textos pueden servir para reconstruir la expansión territorial del país, también ofrecen la posibilidad de entender transiciones socio-espaciales específicas comparando narraciones diferidas sobre la misma región. Esa es otra manera de evaluar las transformaciones de la república. Aquí aparece, por ejemplo, la Araucanía, descrita a mediados de la década de 1840 por el científico polaco Ignacio Domeyko, que guarda un aire de familia, pero bastante distancia política, con el texto de Antonio Varas, quien la visitó a fines de esa misma década (Saavedra 267-307). Ambos son retratos que anteceden a la violenta incorporación de esa zona, proceso descrito por el mismo Saavedra en calidad de conductor de la operación.

Atacama es otra frontera recurrente. Luego de permanecer desatendida por siglos, sus recursos la rehabilitaron y con el tiempo se convertirá en trampolín para otra expansión, pasando de mero despoblado a territorio de conflictos (Vicuña). En ese trance la región también tuvo sus exploradores y acumuló una maciza saga de retratos, varios de los cuales ya hemos mencionado: el del incansable Rodolfo Philippi a mediados del siglo XIX, el de Francisco Aracena en la época de chilenización y el de su tocayo, Francisco San Román, quien publica su relato cuando Atacama ya no era frontera, sino un territorio de paso en un Chile nuevo que se alargaba hacia el norte. Si bien el texto de San Román ofrece pasajes memorables que lo distinguen dentro de esta saga expedicionaria, conviene no perder de vista la profundidad analítica de Aracena, quien escribe a mediados de la década de 1880, cuando tienen lugar los cambios más profundos en la delimitación interna de las unidades administrativas y en paralelo a la discusión de una nueva Ley de Régimen Interior (1885). Sus reflexiones respecto a la degradación y despegue de los centros urbanos –cito aquí su pronóstico sobre la suerte de Caldera frente a Taltal y Chañaral a la luz de la reorganización administrativa en marcha– es una muestra sofisticada del conocimiento que alcanzaban quienes entendían la economía política de la administración provincial, explicando los efectos estructurales de las cambiantes dependencias burocráticas y cómo aquellas subordinaciones no solo neutralizaban el potencial de la participación política, sino que también adormecían la industria, debilitaban el comercio y entorpecían el desarrollo (39-59).

Qué decir de la Patagonia, lugar que ha concentrado fantasías, desafíos para la ciencia y más de un problema para la diplomacia de un país que, tras conocerse por dentro, debió delinear sus fronteras con ayuda de la ciencia. La creación de una Patagonia chilena es quizás el guion con que se pueden anudar los distintos reportes que cubren la zona, emparentando las exploraciones de comunicación trasandina de

Guillermo Cox en la década de 1860, los trabajos de Hans Steffen que desde fines del siglo XIX contribuyeron a la delimitación geográfica, y las animadas excursiones de otro viajero incansable, Alberto de Agostini, el cura salesiano que tras dejar los pies en la montaña se atrevió a reconocer estas tierras en avioneta, allá por la década de 1930. Como si fuera poco, también editó un documental, *Tierras magallánicas*, estrenado en 1933.

A lomo de mula y caballo, a pie, en bote o ferrocarril, e incluso en avioneta como de Agostini, estos y otros exploradores contribuyeron de manera importante a la historia de Chile. Fueron ellos quienes narraron en clave espacial el rápido y violento proceso de expansión fronteriza de una república que en el transcurso de un siglo, y en catarsis traumáticas, amplió sus fronteras de sur a norte, se fijó en el Pacífico (algo más tarde en el extremo polar), mientras sus arterias de carruajes, ferrocarriles y líneas telegráficas se engrosaban diariamente. De todo esto quedó registro en libros memorables, producidos en un contexto donde científicos y técnicos todavía trabajaban a favor de un proyecto de alcance nacional y donde la ciencia y el conocimiento eran insumos imprescindibles para la planificación de la República. Por el acierto de rescatar esos documentos, poniéndolos a disposición de generaciones que se plantean nuevos retos políticos, es que saludamos la publicación de la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* y recomendamos su lectura.

BIBLIOGRAFÍA

- Aracena, Francisco. *Apuntes de viajes. La industria del cobre en las provincias de Atacama y Coquimbo y los grandes y valiosos depósitos carboníferos de Lota y Coronel en la Provincia de Concepción*. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción/ Universidad Católica/ Biblioteca Nacional de Chile, 2011.
- Boccarda, Guillaume y Seguel-Boccarda, Ingrid. “Políticas indígenas en Chile (siglos XIX y XX). De la asimilación al pluralismo (el caso mapuche)”. *Revista de Indias* 217, Vol. LIX (1999): 741-774.
- Braudel, Fernand. *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII. Tomo I. Las estructuras de lo cotidiano*. Madrid: Alianza Editorial, 1984.
- Cano, Daniel. “La demanda educacional mapuche en el período reduccional (1883-1930)”. *Pensamiento educativo. Revista de investigación educacional latinoamericana* 46-47 (2010): 317-335.
- Carpentier, Alejo. *El siglo de las luces*. La Habana: Editorial de Arte y Literatura, 1974.
- Couyoumdjian, Juan Ricardo. “Francisco Vidal Gormaz: su vida, su trayectoria profesional y la *Geografía náutica de Chile*”. En Vidal Gormaz, Francisco. *Geografía náutica de Chile*. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción/ Universidad Católica/ Biblioteca Nacional de Chile, 2013. ix-lxii.

- Cox, Guillermo. *Viaje en las regiones septentrionales de la Patagonia*. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción / Universidad Católica/ Biblioteca Nacional de Chile, 2012.
- Craib, Raymond B. *Cartographic Mexico. A History of State Fixations and Fugitive Landscapes*. Durham y Londres: Duke University Press, 2004.
- De Agostini, Alberto. *Andes patagónicos. Viajes de exploración a la cordillera patagónica austral*. 2 vols. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción/ Universidad Católica/ Biblioteca Nacional de Chile, 2010.
- Díaz, Alberto, Galdames, Luis, y Ruz, Rodrigo. *Nación e identidad en Los Andes. Indígenas de Arica y Estado chileno (1883-1929)*. Arica: Ediciones Universidad de Tarapacá, 2010.
- Dixie, Florence. *Across Patagonia*. London: Richard Bentley & Son, 1880. Traducción: *A través de la Patagonia*. Trad. María Teresa Velasco y Rosanna Martelli. Punta Arenas: Ediciones de la Universidad de Magallanes, 1996.
- Domeyko, Ignacio. *La Araucanía y sus habitantes. Recuerdo de un viaje hecho en las provincias meridionales de Chile, en los meses de enero y febrero de 1845*. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción/ Universidad Católica/ Biblioteca Nacional de Chile, 2010.
- Echenique, Antonia y Legassa, María Victoria. *La flora chilena en la mirada de Marianne North, 1884*. Santiago: Pehuén Editores, 1999.
- Estefane, Andrés. “Burócratas ambulantes. Movilidad y producción de conocimiento estadístico en Chile, 1860-1873”. *Revista Enfoques* 17 (2012): 123-146.
- . “Enumerar lo que se gobierna. La producción del *Anuario Estadístico de la República de Chile*”. *Anuario Estadístico de la República de Chile*. Comp. Andrés Estefane. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción/ Universidad Católica/ Biblioteca Nacional de Chile, 2012. ix-lxi.
- Franco, Stella y Ulloa, Carla. “Dos viajeras latinoamericanas en la Europa del siglo XIX. Identidades nacionales y de género en perspectiva comparada: Maipina de la Barra (1834-1904) y Nisia Floresta (1810-1885)”. *Revista Eletrônica da ANPHLAC* 17 (2014): 304-324.
- Foerster, Rolf, Sonia Montecino y Cristián Moreno. “Documentos relativos a Isla de Pascua, 1864-1888”. *Documentos sobre Isla de Pascua (1864-1888)*. VV. AA. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción/ Universidad Católica/ Biblioteca Nacional de Chile, 2013. ix-lxii.
- González, José Ignacio y Andrade, Belisario. “*Geografía física de la República de Chile* por Pedro José Amado Pissis Marín, 1812-1889”. *Geografía física de la República de Chile*. Pedro José Amado Pissis. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción: Pontificia Universidad Católica de Chile: Biblioteca Nacional de Chile, 2011. ix-xlv.
- González, Sergio. *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino, 1880-1990*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana/ Instituto de Estudios Andinos Isluga/ Universidad Arturo Prat, 2002.
- Hamilton, Eduardo. *Manual de Derecho Aéreo*. Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1960.

- Hurtado, Carlos. *Concentración de población y desarrollo económico*. Santiago: Universidad de Chile, Instituto de Economía, 1966.
- Jara, Mauricio. “El Territorio Antártico Chileno: de la reclamación a la incorporación administrativa-política del sector polar, 1906-1956”. *Esbozando la historia antártica latinoamericana*. Ed. Consuelo León y Mauricio Jara. s/i: LW Editorial, 2013. 165-177.
- López, Elvira. *El proceso de construcción estatal en Chile. Hacienda pública y burocracia (1817-1860)*. Santiago: DIBAM/ Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2014.
- Martinic, Mateo. *De la Trapananda al Áysen. Una mirada reflexiva sobre el acontecer de la Región de Aysén desde la Prehistoria hasta nuestros días*. Santiago: Pehuén Editores, 2004.
- Mc Evoy, Carmen. *Guerreros civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2011.
- Philippi, Rodulfo. *Viaje al desierto de Atacama*. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción/ Universidad Católica/ Biblioteca Nacional de Chile, 2009.
- Pinto, Jorge. *La formación del Estado y la nación, y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*. Santiago: DIBAM/ Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003.
- Pissis, Pedro José Amado. *Geografía física de la República de Chile*. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción/ Universidad Católica/ Biblioteca Nacional de Chile, 2011.
- Saavedra, Cornelio. *Documentos relativos a la Ocupación de Arauco*. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción/ Universidad Católica/ Biblioteca Nacional de Chile, 2009.
- Sagredo Baeza, Rafael. “De la historia natural a la historia nacional. La *Historia Física y Política* de Claudio Gay y la nación chilena”. *Historia Física y Política de Chile. Historia I*. Claudio Gay. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción/ Universidad Católica/ Biblioteca Nacional de Chile, 2007. ix-lvii.
- . “El territorio nacional como historia”. *XV Seminario sobre el patrimonio cultural. Patrimonio y territorio*. Santiago: DIBAM, 2014. 28-34.
- San Román, Francisco. *Desierto y cordilleras de Atacama*. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción/ Universidad Católica/ Biblioteca Nacional de Chile, 2012.
- Steffen, Hans. *Viaje de exploración y estudio en la Patagonia Occidental*. 2 vols. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción/ Universidad Católica/ Biblioteca Nacional de Chile, 2010.
- Vicuña, Manuel. *La imagen del desierto de Atacama (XVI-XIX): del espacio de la disuasión al territorio de los desafíos*. Santiago: Editorial Universidad de Santiago, 1995.
- Vidal Gormaz, Francisco. *Geografía náutica de Chile*. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción/ Universidad Católica/ Biblioteca Nacional de Chile, 2013.
- Winichakul, Thongchai. *Siam Mapped. A History of the Geo-Body of a Nation*. Honolulu: University of Hawai‘i Press, 1994.